

ALEXANDRE DUMAS

LA GUERRA DE LAS MUJERES

Traducción del francés de
Mauro Armiño

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Nanon de Lartigues

I

A cierta distancia de Libourne, la alegre ciudad que se mira en las rápidas aguas del Dordoña, entre Fronsac y Saint-Michel-la-Rivière, se alzaba en otro tiempo un bonito pueblo de paredes encaladas y tejados rojos semihundidos bajo los sicomoros, los tilos y las hayas. El camino de Libourne a Saint-André-de-Cubzac pasaba por en medio de sus casas simétricamente alineadas y formaba la única vista que poseían. Detrás de una de esas hileras de casas, a unos cien pasos poco más o menos, serpenteaba el río cuya anchura y fuerza empiezan a anunciar desde ese punto la cercanía del mar.

Pero la guerra civil pasó por allí: y primero derribó los árboles, luego despobló las casas que, expuestas a todos sus caprichosos furores y sin poder huir como los habitantes, fueron desmoronándose poco a poco sobre la hierba, protestando a su manera contra la barbarie de las guerras intestinas; pero poco a poco la tierra, que parece haber sido creada para servir de tumba a lo que sea, cubrió el cadáver de esas casas tan alegres y tan felices. La hierba creció al fin sobre ese suelo ficticio, y hoy el viajero que sigue la solitaria ruta está lejos de sospechar, al ver pacer sobre los desiguales montículos uno de esos grandes rebaños como los que se encuentran a cada paso en el Sur, que pastor y corderos hollan el cementerio donde duerme un pueblo.

Pero en la época de que hablamos, es decir, hacia el mes de mayo del año 1650, el pueblo en cuestión se extendía a ambos lados de la ruta, alimentándola como una gran arteria, con una abundancia de vegetación y de vida de las más alegres; al forastero que lo hubiera cruzado entonces le habrían gustado aquellos aldeanos ocupados en enganchar y desenganchar los caballos de su arado, aquellos barqueros que lanzaban al río sus redes en las que se agitaba el pescado blanco y rosa del Dordoña, y aquellos herreros que golpeaban rudamente sobre el yunque, y bajo cuyo martillo brotaba un haz divergente de chispas que iluminaba la fragua a cada golpe que daban.

Pero lo que más le hubiera encantado, sobre todo si la ruta le hubiera dado ese apetito proverbial de quienes suelen frecuentar los caminos reales, habría sido, a quinientos pasos de ese pueblo, una casa baja y alargada, formada únicamente por una planta baja y un primer piso, que exhalaba por su chimenea ciertos vapores y por sus ventanas ciertos olores que indicaban, mejor todavía que una figura de becerro dorado pintado sobre una placa de latón rojo, que crujía suspendida de una varilla de hierro empotrada en la cornisa del primer piso, que por fin había llegado a una de esas casas hospitalarias cuyos habitantes se encargan de reparar, a cambio de cierta retribución, las fuerzas de los viajeros.

¿Por qué, se me dirá, estaba situada la posada del Becerro de Oro a quinientos pasos del pueblo, en lugar de haberse alineado de forma natural en medio de las risueñas casas agrupadas a ambos lados del camino?

En primer lugar, porque, por más perdido que estuviera en ese rinconcito de tierra, el posadero era, en materia de cocina, un artista de primer orden. Y, si se hubiera asentado en el centro o en los extremos de una de las dos largas hileras de casas que formaban el pueblo, corría el riesgo de verse confundido con alguno de esos figoneros a los que tendría que admitir como colegas, pero a los que no podía decidirse a mirar como a iguales suyos: todo lo contrario, aislándose, atraía sobre él las miradas de los entendidos, que, en cuanto habían probado una sola vez su cocina, se decían unos a otros: «Cuando vayáis de Libourne a Saint-André-de-Cubzac, o de Saint-André-de-Cubzac a Libourne,

no dejéis de deteneros a desayunar, almorzar o cenar en la posada del Becerro de Oro, a quinientos pasos del pueblecito de Matifou¹».

Y los entendidos se detenían, salían contentos, enviaban a otros entendidos, de modo que el inteligente posadero iba haciendo poco a poco su fortuna, lo cual no le impedía, cosa rara, seguir manteniendo su casa a la misma altura gastronómica; lo cual prueba, como ya hemos dicho, que maese Biscarros era un verdadero artista.

Pero uno de esos hermosos atardeceres del mes de mayo, cuando la naturaleza ya ha despertado en el Sur y empieza a despertar en el Norte, unas humaredas más espesas y unos olores más suaves todavía que de costumbre escapaban de las chimeneas y de las ventanas de la posada del Becerro de Oro, mientras en el umbral de la casa maese Biscarros en persona, vestido de blanco, según la costumbre de los sacrificadores de todos los tiempos y todos los países, desplumaba con sus augustas manos unas perdices y unas codornices destinadas a alguna de aquellas exquisitas comidas que tan bien sabía disponer y que solía cuidar en sus menores detalles, siempre como consecuencia del amor que sentía por su arte.

Caía, así pues, el día y las aguas del Dordoña, que, en una de esas tortuosas desviaciones de que está sembrado su curso, se alejaban de la ruta, poco más o menos a un cuarto de legua para ir a pasar al pie de la pequeña fortaleza de Vayres, empezaban a blanquear bajo los negros follajes. Un no sé qué de tranquilo y melancólico se difundía por el campo con la brisa del atardecer; volvían con sus caballos desuncidos los labradores, los pescadores con sus redes chorreantes; se apagaban los ruidos del pueblo, y, cuando resonó el último martillazo poniendo fin a la laboriosa jornada, el primer canto del ruiseñor empezó a dejarse oír en un macizo vecino.

Con las primeras notas que escaparon de la garganta del músico emplumado, también maese Biscarros se puso a cantar, sin

¹ Para este nombre, Dumas puede haberse fijado en otra población también a orillas del Dordoña, Matifaut.

duda para acompañarlo; esa rivalidad armónica y la atención que el posadero ponía en su obra le impidieron ver a una pequeña tropa formada por seis jinetes surgiendo por el extremo del pueblo de Matifou y avanzando hacia su posada.

Pero una interjección que salió de una ventana del primer piso y el movimiento rápido y ruidoso con que esa ventana se cerró hicieron levantar la nariz al digno posadero; vio entonces avanzar directamente hacia él al jinete que marchaba al frente de la tropa.

Directamente no es la palabra justa, y nos apresuramos a corregirnos porque aquel hombre se detenía cada veinte pasos lanzando a derecha e izquierda unas miradas escrutadoras, escudriñando en un abrir y cerrar de ojos senderos, árboles y matorrales; sosteniendo con una mano un mosquetón sobre su rodilla, tan dispuesto al ataque como a la defensa, de vez en cuando hacía señas a sus compañeros, que imitaban en todo sus movimientos, de ponerse en marcha. Se aventuraba entonces a dar de nuevo algunos pasos, y de nuevo se repetía la misma maniobra.

Biscarros siguió con la vista al jinete, cuya singular marcha le preocupaba de modo tan extraordinario que durante todo ese tiempo se le olvidó arrancar del cuerpo del ave la pulgarada de plumas que sostenía entre el pulgar y el índice.

—Es un señor que busca mi casa —dijo Biscarros—. Este digno gentilhombre es sin duda miope; sin embargo mi Becerro de Oro está recién pintado y la muestra sobresale de sobra. Vamos a dejarnos ver.

Y maese Biscarros fue a plantarse en medio del camino, donde siguió desplumando el ave con gestos llenos de amplitud y majestad.

El movimiento produjo el fruto que esperaba el posadero; en cuanto el jinete lo hubo visto, picó derecho hacia él, y saludándolo con cortesía dijo:

—Perdón, maese Biscarros, ¿no habéis visto por aquí una tropa de gente de guerra, que son amigos míos y deben de estar buscándome? Gente de guerra es mucho decir, gente de espada es la palabra justa, ¡en fin, gente armada! ¡Sí, gente armada, eso traduce mejor mi idea! ¿No habréis visto una pequeña tropa de gente armada?